

**SUGERENCIAS PARA CONVERTIR EL MONASTERIO EN ESCUELA  
DE LA PALABRA.  
LA BÚSQUEDA. LA ESCUCHA. EL DESEO DE APRENDER Y LA  
VIVENCIA DE LA PALABRA.**

- 0. Introducción
- 1. La búsqueda
  - 1.1 Emigrantes y repatriados
  - 1.2 Implicados e idólatras
  - 1.3 Un anfitrión para todos.
- 2. La escucha
  - 2.1 Una clave de lectura
    - a) A.T.
    - b) N. T
  - 2.2 Lo que Jesús no escucha
  - 2.3 Escuchar la realidad
- 3. El deseo de aprender
  - 3.1 El espíritu del niño
  - 3.2 El espíritu de sencillez
  - 3.3 El espíritu de la risa
  - 3.4 Dos llamadas y un criterio
- 4. La vivencia de la Palabra
  - 4.1 Andar en verdad delante de la misma Verdad
  - 4.2 Recibirá cien veces más en casas, hermanos, hermanas...
    - a) La comunidad
    - b) La disponibilidad
- 5. Conclusión
  - 5.1 Sacar miedos
  - 5.2 Consolar
  - 5.3 Recordar el seguimiento

## 0. INTRODUCCIÓN

Me ha tocado a mí iniciar este fin de semana. Inevitablemente, al ver el programa de estas jornadas con tantos profesores, me vino a la mente aquello de ‘yo no soy biblista ni hija de biblista sino simplemente una monja cristiana’. De todos modos, como decía Barth de forma muy consoladora, la Palabra de Dios es Evangelio, Palabra buena, porque es acción buena de Dios y en toda su emocionante riqueza, es simple, es *una sola*: no es ambigua sino unívoca, no es oscura sino clara y, por consiguiente, es muy comprensible tanto para el más sabio como para el más ignorante.<sup>1</sup> Así que algo podremos compartir.

Y no obstante esto, añadido, ya desde el principio, algo más que decía Barth en sus reflexiones; y es que la Palabra de Dios, tal como la encontramos en la Biblia, no resulta obvia inmediatamente, más bien su verdad hay que *buscarla* con precisión para lograr entenderla en su profunda sencillez<sup>2</sup>. La comprensión espontánea y la necesidad de precisión van a ir siempre juntas.

Nuestras comunidades son ya esas escuelitas de la Palabra: todos estamos buscando, escuchando, intentando aprender y vivir en la Palabra.

Tal vez aquí se cumple algo que decía María Zambrano y es que suele suceder que los mayores misterios están en lo familiar y cercano, sin que sepamos si el misterio reside en la proximidad misma, en el hecho de que algo sea familiar, o está en el género de verdad que nos propone. Y se cumple al completo porque la Palabra es lo más familiar y cercano a cada uno de nosotros, porque no deja de ser un misterio su inverosímil proximidad y porque la verdad que nos propone es un camino de vida y libertad.

Estoy muy contenta de estar de nuevo aquí y precisamente con esta posibilidad de compartir y reflexionar sobre nuestra vida a la luz de la Palabra porque no deja de ser algo significativo para una mujer en nuestra iglesia. Significativo por dos motivos: por una parte por el lugar del que venimos, por la historia que nos precede y también porque entiendo que una atención primordial a la Palabra es y será clave para la necesaria renovación eclesial en y desde el ámbito femenino.

Mientras preparaba esto me venía con frecuencia una sonrisa, convencida de que santa Teresa sonríe también al vernos. Teresa tuvo la lucidez de pedir a su madre Iglesia el alimento que debía darle porque, como decía ella en su anhelo de ser verdadera cristiana: ir conforme a la Escritura es criterio de autenticidad (6M 3, 4)

Teresa tuvo la osadía de escribir y compartir sus *Meditaciones sobre los cantares*, pese al tremendo choque que suponía con la posición asumida por la iglesia jerárquica y todo ello porque le guiaba un afán evangélico claro: *sacar miedos* (1,3), *consolar* (1,8) y *recordar el seguimiento de Jesús* (7,8) acaso de la forma más nítida que hay: *acudiendo a las necesidades de los prójimos*.

Bien sabemos hasta qué punto la Palabra de Dios ha sido una fruta prohibida. Ahí quedó entre otras, para la posteridad, la palabra del coetáneo de Teresa, Melchor Cano: «Porque la experiencia ha enseñado que la lección de semejantes libros, en especial con libertad de leer la Sagrada Escritura, o toda o en gran parte de ella, y trasladarla en vulgar, ha hecho mucho daño a las mujeres y a los idiotas»<sup>3</sup>.

Casi no hace falta añadir nada a semejante texto. En todo caso no olvidar una de las lecciones que de ahí se pueden sacar y que todavía hoy necesitamos seguir aprendiendo en nuestra casa común: el miedo no sólo es mal compañero sino que es un ídolo al que se acaba rindiendo culto. En frase lapidaria lo ha dicho muy bien

---

<sup>1</sup> Barth-intro teol, 37

<sup>2</sup> ib.55

<sup>3</sup> (rodo 39) Cit. por M. Andrés, *La Teología española en el siglo XVI*, II, BAC, Madrid 1978, 573

Casaldáliga «Lo malo no es tener miedo. Lo malo es que el miedo nos tenga»<sup>4</sup>. Y así, sería hermoso llegar por la experiencia de la Palabra a esta otra confesión que hacía un jesuita obrero: «más que tener fe, es la fe la que nos tiene a nosotros»<sup>5</sup>.

Es incalculable lo que debemos al movimiento bíblico, a tantos exegetas que han empeñado la vida en un esfuerzo tan sincero como tenaz aun cuando la fidelidad a la Palabra y a la misma Iglesia les ha costado y aún cuesta sangre, sudor y lágrimas.

También creo que será desde la Palabra desde donde la Iglesia logrará renovar su sonido más profundo y hacerlo por fin estereofónico. Si vale traerle aquí por los pelos, el profeta Zacarías, que no era precisamente un rompedor, ya anunció que en las plazas se sentarán ancianos y ancianas, no sólo ancianos (Za 8, 4).

Y ya que hemos hecho venir a Zacarías, terminemos la introducción recordando que la profecía auténtica, a la que estamos llamados, no es una cuestión de abiertos o cerrados, de progres o carcas sino de culto auténtico: justicia, sinceridad de corazón y compasión y que, como él mismo recordó, todo empieza con una conversión: «volved a mí y yo volveré a vosotros» (Za 1, 3)

Volvamos continuamente a la Palabra para convertir nuestras casas en escuelas de la Palabra.

Como las “escuelas bíblicas” están repartidas en las próximas conferencias, yo únicamente me asomaré un poco a algunos lugares comunes para ir abriendo las ventanas a las que después nos ayudarán a asomarnos.

## **1. LA BÚSQUEDA**

### **1.1 Emigrantes y repatriados.**

Dos textos breves podrían darnos alguna pista del carácter y condición de quienes nos acercamos a la Palabra.

Primero una de las últimas oraciones de David, recogida en el primer libro de las Crónicas: «Ante ti, Señor, somos emigrantes y extranjeros, igual que nuestros padres. Nuestra vida terrena no es más que una sombra sin esperanza». (29, 15) después viene la acción de gracias porque todo es don de Dios, el reconocimiento de su presencia penetrante, el ofrecimiento y la alegría, pero antes que eso lo que somos, emigrantes, desplazados y, por ello, con (tenemos) una vida frágil.

El texto trae nuestra extrañeza ante Dios; somos inmigrantes en su tierra y una de las cosas que nos define es la precariedad: ancha, larga y profunda. Y eso nos pone frente a algo muy simple que con frecuencia se nos escurre de las manos: a Dios no nos lo sabemos. Su lógica no nos es tan elemental ni tan innata. Al menos es mi experiencia: Dios invierte evidencias, desconcierta conciertos, no cumple pronósticos ni es tan previsible como nosotros tenemos previsto.

Nuestro Dios parece que se complace en contar con lo que a juicio humano resulta menos adecuado<sup>6</sup>: llama para discípulos a pecadores, para ser padres de una gran descendencia a dos viejitos, cuenta con nosotros, a todas luces débiles, para que se realice la actualidad de su Reino. Y suma y sigue.

La extrañeza se convierte en nosotros en búsqueda. La nostalgia y el deseo profundo del salmista están en nuestras entrañas. La garganta sedienta, el anhelo de pegar el aliento a Dios, de permanecer en los atrios de su corazón. El deseo de anidar definitivamente en su vida y de ver su rostro.

---

<sup>4</sup> cuando los días, 47

<sup>5</sup> cij, I. Ferreté, 61

<sup>6</sup> G. Gutierrez, compartir la palabra, 221

Surge entonces un texto del evangelio de Juan: «Aquel día comprenderéis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros». (14, 20) Y añade que, amando a Jesús, guardando sus mandamientos, nos convertimos en amados del Padre, en amados suyos y que él se nos manifestará.

Sí hay rasgos, huellas de quién es este Dios porque *aquel día* que dice Juan *ya es* y, tan real como lo que acabo de decir, es que estamos en el Padre porque Jesús está en nosotros y nosotros en él. Hay en nuestra vida un sedimento gratuito, una comunión *dada*; Dios nos ofrece una identidad, nos la regala y con toda nuestra extrañeza y nuestra precariedad es posible vivirla plenamente.

Digamos que Dios nos regala la nacionalidad y por poca sensibilidad que tengamos, rápidamente acude a nosotros un sentimiento de liberación profundo, de que alguien nos ha quitado un peso de encima y para siempre. Y con ello, la certeza de una vinculación. Una vinculación definitiva: no hace falta emigrar de una tierra que mana leche y miel, salvo si perdemos la cabeza o por mejor decir, el corazón.

### **1.2 Implicados e idólatras.**

Algo de todo esto que acabamos de ver, con su inevitable paradoja, debería existir en nosotros al acercarnos a la Biblia si deseamos que ella se abra a nosotros. Una paradoja que, aceptada, puede modular nuestra actitud, el modo en que nos ponemos en conversación con la Palabra y la manera en que entramos en su espiral de vida.

La Biblia nos permitirá encontrar en ella cuanto necesitamos en esta travesía, pero no podrá darnos nada si no somos buscadores de lo auténtico. Sin el anhelo de humanidad y de comunión, sin el deseo de conocer la tierra de Dios y quién es él, dónde vive y qué hace, poco nos dirá la Biblia. Y, por lo mismo, una lectura sería entraña una implicación personal nada abstracta que nos expone a conclusiones imprevistas<sup>7</sup>.

De modo muy llano, para nuestra búsqueda, hay que decir que todo intento de encontrar y comprender a Dios fuera de su Reino, fuera de su proyecto en Jesús para la humanidad, nos llevará de un modo u otro a la idolatría<sup>8</sup>. No tenemos tampoco tiempo de entrar en ello ahora pero no olvidemos que pese a que la lucha contra la idolatría ocupa un lugar importante en la Biblia, a nosotros, nos resulta algo trasnochado o superado. Que para la Biblia la idolatría sea percibida como una tentación permanente para toda persona religiosa y a nosotros nos resulte algo casi ajeno debería darnos que pensar.

Posiblemente se da en nosotros también esta paradoja: al mismo tiempo que procuramos esta comunión en libertad pretendemos atar a Dios, que no se mueva tanto; queremos permanecer abiertos a la novedad que continuamente provoca la Palabra pero a veces le pedimos un horario más exacto al Espíritu. Nos implicamos pero cuando el desconcierto nos abruma nos volvemos a ensimismar, nos apartamos de ese proyecto porque la hoja de ruta señala una salida de nosotros mismos imprevista.

### **1.3 Un anfitrión para todos**

Casi nos hemos acostumbrado a las parábolas de tanto escucharlas y leerlas, pero ellas no dejan de insistir, “obligándonos” al diálogo; nos abren los ojos al Reino de Dios, lo hacen presente y al mismo tiempo nos invitan a optar. No nos acabamos de acostumbrar porque la imagen de Dios tiene que seguir cambiando a medida que nos dejamos introducir en su Reino y así hasta el final de nuestra vida porque si es verdad aquello de que «la revelación no es un puro bloque de verdad, caído desde el cielo»<sup>9</sup>, si

---

<sup>7</sup> Merton, 52-54

<sup>8</sup> G. Gutiérrez, *el dios de la vida* 136, 103...

<sup>9</sup> Schökel, *palabra inspirada*, 309

resulta que es progresiva, que nos desafía y nos lleva cada vez a nuevas preguntas, hay que entender entonces que la Palabra despierta siempre en nosotros, un poco más, ese conocimiento del corazón que va transformando la vida.

La imagen de Dios, las pintas que tiene en algunas de sus parábolas son las últimas que nosotros hubiéramos elegido para él y su forma de comportarse parece, a menudo, humanamente inviable. Pero el evangelio no es un tratado de pedagogía (aunque tenga mucha) ni un código deontológico ni un manual de cortesía y lo que pretende Jesús con muchas de sus parábolas es acercarnos a la incomprensible gratitud y bondad de Dios<sup>10</sup>.

Os leo la parábola de la gran cena o de los invitados, aunque preferiría titularla *parábola del anfitrión*.

La parábola tiene un conjunto de interpretaciones y varios acentos importantes pero únicamente vamos a ver *al que busca* porque lo que me interesa es que recordemos juntos que a la cita de la Palabra acudimos porque han venido a buscarnos, porque hemos sido invitados, porque tenemos un anfitrión. Indudablemente, detrás de la invitación viene nuestra libertad y nuestra respuesta y de ambas cosas pende la historia que escribamos con nuestra vida: si nos convertimos en parábola que invite a otros o si quedamos y dejamos a los otros en ayunas, porque la llamada no es necesariamente eficaz.

Nuestro anfitrión aparece como un hombre ilusionado en tanto que está entusiasmado con la idea de que acudan muchos amigos a su banquete. Aparece un hombre que se enfada, al que se le revuelven las tripas al ser rechazado, que digiere mal la frialdad, aparece a la vez como alguien todopoderoso y como alguien totalmente frágil<sup>11</sup>. Un hombre que reacciona inmediatamente, con prisa, parece que no puede esperar y no da la impresión de que sea porque se enfría la cena. Aparece también un hombre que no se encierra en las relaciones: sale. Primero por la ciudad, después más lejos. No pone límite a su búsqueda, irá hasta lo más alejado, dando el paso de la exclusividad a la inclusividad y entroncando así con uno de los versículos que precede a la parábola: al invitar a los pequeños, a los marginados y desvalidos sienta en su mesa a quienes no pueden pagarle, a quienes no pueden devolver banquete por banquete. Aparece un hombre que violenta lo establecido para que no le quede a él bocado, alguien que renuncia a su puesto de honor<sup>12</sup>.

En definitiva, aparece un Dios que es todo menos indiferente, neutro y pasivo. Y por eso se permite ese intento de forzar la respuesta de los invitados a base de misericordia.

Recuerdo una de mis primeras discusiones importantes sobre Dios con un catequista que me decía que a Dios no se le puede ofender; todavía hoy quiero entender lo que pretendía decirme y su parte de razón pero, en definitiva, se trataba de un Dios altísimo, grandísimo, santísimo y requeteísimo. Entonces yo no podía recurrir a esta parábola ni a otras quizás mucho más claras, pero intuía que un Dios al que no le afectamos en nada ¿en qué nos puede afectar? Hoy sé que Dios es mayor que todos los superlativos que nosotros somos capaces de endosarle y que después de descubrirle grande él siempre (se) vuelve mayor, pero tanto como eso sé que ese Dios tiene entrañas y que no están secas. Sé que Dios se conmueve, que también conmigo se ha conmovido y que los seres humanos tenemos la cualidad de conmoverle, mayor cuanto menor es nuestra autosuficiencia.

---

<sup>10</sup> chalo, lógica, 9

<sup>11</sup> Bovon II, 632

<sup>12</sup> J W Sider parábolas, 127?

Pues bien, la búsqueda estaría en esto: en vivir enterados, mejor enterándonos de todo esto. En el Carmelo teresiano tenemos una forma típica para decir esto: se trata de *caer en la cuenta* y esto sería o será ser escuela de la palabra: andar cayendo en la cuenta, para salir tras él.

Todo esto lo sabemos, es muy probable que lo sepáis mejor que yo. Si he querido que lo recordemos juntos es porque cada vez que nos movemos para traer presentes estas cosas, salimos un poco de nosotros y permitimos que se vaya haciendo más y más carne de nuestra carne esta verdad.

## 2. LA ESCUCHA

Con la primera carta de san Juan podríamos empezar este tema haciendo una paráfrasis:

«Si alguno dice yo *escucho* a Dios, y no *escucha* a su hermano, es un mentiroso; pues quien no *escucha* a su hermano a quien ve, no puede *escuchar* a Dios a quien no ve». (1 Jn 4, 20)

No sé si en vuestras casas habrá pasado lo mismo que en la mía. Cuando yo entré, no había reunión comunitaria o revisión de vida en la que no saliera el tema del silencio. Ahora sucede lo mismo con el tema de la escucha, no hay reunión donde no abordemos el asunto y siempre con déficit. A mí, personalmente, me gusta mucho más hablar de escucha que de silencio aunque debería llevarnos exactamente al mismo lugar si viviéramos con una gran sinceridad de corazón porque el silencio suele invocarse como garantía de atención a la presencia divina y a su Palabra. Pero he citado a san Juan al empezar porque la escucha silenciosa no se ve y podemos convertirnos en mentirosos, casi sin darnos cuenta.

De todos modos, parece evidente de entrada que sin silencio es imposible la escucha y que quien no sabe guardar silencio, silenciar sus alborotos y esperar con paciencia no podrá percibir la Palabra que nos habla ni todo lo que ella entrega.

Martín Velasco, a quien habéis tenido la suerte de tener aquí varias veces en años anteriores, señala algunos rasgos y condiciones para la escucha que podemos recordar al vuelo<sup>13</sup>: la apertura expresa, la concentración, el estar pendiente; todas estas cosas para retirar los obstáculos de la superficialidad y de la rutina que son dos grandes amenazas que tenemos, esos ladrones interiores que llamaba Häring a todo lo que nos roba la capacidad de escuchar al Otro<sup>14</sup>.

Además, dos cosas que ya hemos recordado hace un momento: por un lado escuchar es reconocer la prioridad de Dios en relación con nosotros y por otro, recordar que si podemos escuchar, acoger la Palabra es porque la Palabra mora en nosotros o es nuestra morada.

Pero sucede que esto de escuchar a Dios puede ser una de las cosas más etéreas que hay si no le damos un poco de cuerpo. Ya que la voz de Dios en su Palabra no es tan obvia pienso que profundizar en algunos puntos puede ayudarnos a escuchar realmente o, mejor, a vivir en *estado de escucha*.

### 2.1 Una clave de lectura

Una preciosa clave de lectura y de acceso a la Palabra es atender a qué escucha Dios, qué oye él, de qué está pendiente y por qué se interesa. En definitiva, acomodar nuestra escucha a la escucha de Dios, saber escuchar lo que él y como él lo hace; si nos detenemos un poco, nos daremos cuenta de que la Escritura nos devuelve la realidad escuchada por Dios. También es una forma sencilla de entrar en su Reino porque Dios

---

<sup>13</sup> Orar para vivir, 155, 156

<sup>14</sup> oro pq vivo... 57

jamás deja sin respuesta el clamor que llega a él, aunque no siempre logremos entenderla, pero en esa respuesta, en la obra de Dios a favor de la humanidad podemos escucharle y entrar en su reino obrando con él.

### **a) Antiguo Testamento.**

Si no me he despistado la primera vez que Dios oye algo en la Biblia está en Gn 4, 10 cuando Dios dice a Caín: *la voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra*. Aquí surge rápidamente algo importante que puede poner en buena dirección nuestro oído: Dios no puede desentenderse, no se desentiende, de lo que atenta contra la vida. El Dios de la vida escucha para hacer justicia<sup>15</sup>.

También escucha Dios insistentemente el dolor de la esterilidad que lleva esa carga de rechazo y de humillación y, a la postre, de injusticia.

Pero hay un momento preclaro: «los israelitas, gimiendo bajo la servidumbre, clamaron, y su clamor, que brotaba del fondo de su esclavitud, subió a Dios. Oyó Dios sus gemidos...» (Ex 2, 23)

El Éxodo es el libro de la liberación. Escuchando penetra el Señor en la historia, y penetra poniéndose al lado de un pueblo de esclavos, convirtiéndose en el defensor del derecho de los sin derecho. El Dios que nos escucha, escucha los gemidos y liberta. Este es el Dios que estamos llamados a descubrir en la Biblia: este libertador que escucha al indefenso y al afligido (¡estamos cansados de salmodiar esto!) es el mismo que arde misteriosamente en la zarza, que pide que nos descalcemos, que nos nombra en el modo que nada ni nadie puede nombrarnos y que nos envía. A éste hay que aprender a escuchar como él escucha.

E invirtiendo el esquema, vemos qué no escucha Dios, qué nos impedirá a nosotros escuchar.

El mismo profeta que evoqué al principio para excusar la temeridad de estar aquí hablándoos de esto, Amós, decía: «¡Aparta de mi lado la multitud de tus canciones, no quiero oír la salmodia de tus arpas! Que fluya, sí, el juicio como agua y la justicia como arroyo perenne!» (Am 5, 23-24)

Y así, recorriendo lentamente las páginas del A. T. podríamos seguir viendo qué y cómo escucha Dios e ir empapándonos de la solidaridad entrañable y perenne que inclina el oído divino y nos habla a nosotros de Dios.

### **b) Nuevo Testamento**

Si pasamos al N. T., y no puede ser más que por encima, una mirada desde cualquier ángulo nos permitirá descubrir ese *oído divino encarnado*. Basta detenerse un poco en los milagros de Jesús que en alguna manera recapitulan el A. T.,<sup>16</sup> que nos recuerdan que la sobreabundancia se da sólo en la pobreza<sup>17</sup> y que refrescan, pueden desempolvar las evidencias rutinarias de nuestra fe.

Darles un vistazo en conjunto nos sirve al menos para descubrir el oído sensible de Jesús, que escucha, percibe, que nota los gritos y el silencio. Tan impresionante es sentir los gritos imparables de los ciegos como el conmovedor silencio de la hemorroísa, porque Jesús parece escuchar todo lo que clama bajo peso impuesto y con más intensidad cuanto más orillado está oficialmente y cuanto más necesario se hace mostrar que la esencia de ese Dios de su intimidad, el Abbá, es ser para nosotros. ('ser siendo para nosotros')

---

<sup>15</sup> Schökel, fraternidad, 37

<sup>16</sup> Kasper, Xto 163

<sup>17</sup> Léon-Dufour, 348

Aquí vuelve el tema ya apuntado de la idolatría ¿a quién escuchamos nosotros? ¿qué mueve nuestro oído, qué lo inclina? vuelve a surgir con fuerza la invitación a escuchar al que tiene palabras de vida eterna y ¿qué son palabras de vida eterna? son palabras que abren la confianza en nosotros, que nos lanzan, que nos invitan a entrar en la libertad y en la sobreabundancia de amor, dos cosas que nos desaseguran a Dios, que conmueven los cimientos de nuestras erróneas imágenes de dios, estropean nuestras absolutizaciones al devolvernos a Dios con mayúscula, en su anchura real.

A veces nosotros hacemos absolutas las pequeñas parcelas que conocemos o experimentamos, o damos carta de ciudadanía a lo que santa Teresa llamaba puntos de honra, que viene a ser ponernos a nosotros como absoluto. Aquí vemos también qué es idolatría porque si hablamos de prestigio y poder y esas cosas nos parece que eso queda fuera de nuestro ámbito, pero no es así. Y no me resisto a leeros un texto de Teresa bien iluminador porque quien no es de fiar en lo menudo no lo será en lo que es mayor y porque esta honra, estos ídolos que tapan nuestros oídos nos estorban el estar en la casa del Padre. Absoluto es por definición lo que excluye toda relación y la casa del Padre, por definición también, es la relación entrañable con él y con todos los seres humanos.

Todo esto evoca la confrontación de Jesús con los judíos, tal como la trae el evangelista Juan, donde los fariseos no pueden creer, no logran escuchar al que viene del Padre porque buscan su propia gloria, están aferrados a sí mismos, en vez de buscar la de Dios (Jn 5, 44; 12, 43).

Vamos con el texto de la Santa:

«...hermanas, si entendiésemos qué cosa es honra y en qué está perder la honra!... mirad que no nos tiene olvidadas el demonio; también inventa sus honras en los monasterios y pone sus leyes, que suben y bajan en dignidades como los del mundo. Los letrados deben de ir por sus letras, que el que ha llegado a leer teología no ha de bajar a leer filosofía, que es un punto de honra que está en que ha de subir y no bajar... Pues entre nosotras, la que ha sido priora ha de quedar inhabilitada para otro oficio más bajo; un mirar en la que es más antigua, que esto no se nos olvida... es el caso que, como somos inclinadas a subir –aunque no subiremos por aquí al cielo– no ha de haber bajar. ¡Oh, Señor, Señor ¿en qué estuvo vuestra honra? ¿No la perdisteis en ser humillado hasta la muerte? No, Señor, sino que la ganasteis para todos.» (C 36, 3-5)

El texto es más amplio pero creo que basta con esto para entendernos. Yo he hecho como la Santa, me he divertido y me he ido por los cerros de Úbeda pero, de todos modos, y ya que esto empezó por los milagros, tengo por milagro, y no pequeño, que nos dejemos conducir por un camino distinto del de la honra y con eso podemos creer que nuestros oídos se parecerán a los de Jesús.

## **2.2 Lo que Jesús no escucha**

Hay cosas que a Jesús no le agrada oír; de hecho, no les presta atención. Si nos fijamos en él en esos momentos, podremos aprender también algo sobre qué cosas no escuchar.

Recordaréis en el primer anuncio de la pasión que el pobre Pedro iba cargado de buenas intenciones y al final se la cargó; acabó escuchando algo que ninguno de nosotros queremos oír: *tú piensas al modo humano, no según Dios* (Mt, 16, 23). Y Jesús no escuchó a Pedro.

Las buenas intenciones de Pedro, como las nuestras, no son a veces tan ingenuas. Pensar al modo humano nos pone al borde del discipulado por la parte que cae hacia fuera: inclina hacia la parte de la fuerza, mientras que Jesús está en la parte del entregado y vencido. El modo humano rechaza al Crucificado, y esto vale para los niveles personales, comunitarios y eclesiales. El modo humano que teme la vía dolorosa

de Jesús (temor tan natural y comprensible) nos dice que cuestionemos esa vía y busquemos otra que a la postre nos lleva a la apatía.

Pedro no había acabado de romper la imagen de un Dios potente, también intervencionista; por tanto, un Dios también comprable. Jesús le llevará a conocer a un Dios débil y entregado, abajado. Ese Dios que no retuvo su condición sigue diciéndonos en ello qué no han de seguir nuestros oídos si queremos seguirle. Así evoca la parábola del rico insensato donde Lucas apunta el camino: ser rico para los demás; que lo propio sea servicio y no propiedad, que no sea tesoro sino don<sup>18</sup>.

El N. T. nos dice que la plena manifestación de Dios se da en su autovaciamiento y si realmente tenemos en cuenta lo constitutivo que es esto para el cristianismo y que la Palabra, por ser palabra de Dios «opera, actúa en los creyentes» (1 Tes, 2, 13) podremos permanecer en ese intento o proceso de configuración con él.

### **2. 3 Escuchar la realidad**

Un último lugar al que atender, implícito ya en cuanto vamos viendo, es la realidad, la historia. La realidad es el terreno donde Dios nos salva, donde nos escucha. Es el lugar donde escuchó y escucha los gemidos de su pueblo. Esto es casi una perogrullada porque ¿dónde si no podría Dios escucharnos a los hombres? Entonces ¿cómo no va a ser ese un lugar donde podamos nosotros saber, conocer, entender la voz de Dios, su Palabra?

Masticar, rumiar la Palabra, meditarla continuamente tiene que despertar más y más nuestra sensibilidad para descubrir esos lugares a los que Dios inclina el oído con predilección. Lugares que, con frecuencia, no aparecen como muy importantes, situaciones y personas casi invisibles donde Dios escucha y donde podemos escuchar su voz.

Cuando en Lucas llegamos al momento de la entrada mesiánica de Jesús en Jerusalén y Jesús responde a los fariseos que si los que gritan callan, gritarán las piedras, encontramos un paralelo clave para entender el versículo: remite al profeta Habacuc cuando advierte que las piedras gritan desde los muros de las casas edificadas sin pagar los salarios de los obreros.

Hemos de insistir en escuchar hasta a las insignificantes piedras cuando nos hablan de los hombres, de quienes padecen cualquier forma de injusticia y sufrimiento. Pero no sólo eso, también hay que insistir en escuchar las insignificantes monedas, esos céntimos que echó la viuda y Jesús escuchó y así poder oír el rumor del Espíritu, cómo se abre paso en la vida de los seres humanos aunque casi siempre sea sin ningún aspaviento y en plazos largos; reconocer y confiar en las semillas pequeñas repartidas por todas partes en montones de gestos humanos, tal como la levadura es capaz de fermentar.

### **3. EL DESEO DE APRENDER**

Nuestra vida cotidiana está toda ella tocada por la Palabra, como dice mi regla (y dirán las vuestras de un modo u otro) se trata de *permanecer meditando continuamente la Palabra del Señor*.

La familiaridad puede desdibujar un poco el deseo, entumecer el sentido del misterio, por eso nos conviene tener presente que la Palabra de Dios contenida en la Biblia es un misterio y un misterio para celebrar antes que un problema que resolver o un lugar donde indagar<sup>19</sup>.

---

<sup>18</sup> chalo, lógica, 15

<sup>19</sup> Floristán, teól práctica. 548-553

Es cierto que para celebrar con autenticidad ese misterio necesitamos conocerlo. Hay un conocimiento que brota del contacto sencillo, asiduo, de un *estar con la Palabra* con conciencia, diría con cuidado, con el cuidado que uno pone en el trato de aquello que ama.

Hay otro conocimiento que no debemos eludir, que reclama también de nuestra parte una constancia y una fidelidad, que pide la perseverancia para atravesar algunos desiertos porque el agua viva de la Palabra tiene también sus desiertos, su aridez y sus espejismos.

Para mantener el deseo de aprender hay tres espíritus que podemos cuidar en nosotros: el espíritu del niño, el de la sencillez y el de la risa.

### **3.1 El espíritu del niño**

El espíritu de infancia me parece el mejor motor para mantener el deseo de aprender.

Un ejemplo más que simple. De niños aprendemos las tablas de multiplicar, llegamos a resolver multiplicaciones de dos pisos liadísimas y nos sentimos felices y orgullosos. Seguimos estudiando a pesar del logro. Ni por un momento sospechamos que un día podremos llegar a hacer cálculo integral pero al mismo tiempo ni por un momento se nos ocurre pensar que ya lo hemos estudiado todo o sabemos suficiente, a pesar de que desconocemos la existencia del cálculo integral y otras mil cosas. Después de aprender a multiplicar, un niño sabe, simplemente, que ha de seguir, que el mundo está abierto, que hay mucho más.

Este espíritu nos enseña algunas cosas:

Enseña el disfrute de desentrañar la Palabra, la alegría que da descubrir un pozo tras otro en busca del manantial primero.

Enseña la libertad que da presentir un mundo abierto de conocimiento y experiencia. Una libertad muy segura (algo muy consolador para nosotros que siempre hambreamos seguridades que nos apacigüen): siempre hay algo más que aprender, que comprender, por tanto Dios no puede quedar fijado en una multiplicación por muy feliz que me haga, por muy cabal que me parezca; todo resultado en nuestra búsqueda es un previo.

Por eso este espíritu nos ayuda a entrar en la libertad de Dios, uno de los rasgos más desconcertantes del Dios bíblico y que más nos cuesta aceptar porque nos impide adueñarnos de él. Es, sin embargo, la gran posibilidad para nosotros de vivir sin miedo, como un niño. Con un presentimiento filial que nos puede llevar a lo que decíamos al principio: a dejar que la Palabra nos posea, no a andar tras su posesión.

### **3.2 El espíritu de la sencillez**

También este espíritu, poco amigo de la ignorancia, es buen compañero.

No creo que nuestro riesgo sea la erudición, en sentido peyorativo. Yo no llamaría erudición a saber mucho de algunos temas. En mi casa tenemos una hermana de la que siempre bromeamos diciendo que conoce a los filisteos con nombre, apellido y la calle en que vivían porque conoce en profundidad el A.T. y le encanta la historia. Eso es estupendo.

Este es el espíritu que nos enseña a no irnos por las ramas. Por las ramas uno se aleja de las raíces. Nos enseña a no pasar por alto las cosas más importantes en pro de análisis que pueden hacer que quedemos estancados en el punto de partida. Es el que nos aparta de los discursos desencarnados, algo a lo que los seres humanos tenemos cierta propensión, por tanto, es un espíritu que nos acerca a la verdad ¿podemos desear algo mejor cuando intentamos desentrañar la Palabra?

Este espíritu nos recuerda persistentemente lo que Jesús tuvo que recordar a los maestros de la ley, que *lo más importante de la ley es la justicia, la misericordia y la fe* (Mt 23, 23), que ése es el corazón de la liturgia y de la lectio. Nos recuerda nuestro permanente discipulado.

No perdamos la sencillez y no creamos que no necesitamos este recordatorio. Seamos sencillos ante la Palabra: no nos dejemos arrastrar por la ignorancia de creer que la Palabra dice “lo de siempre” convirtiendo a Dios en un *conservante religioso*; lo añadimos a nuestra vida de modo que no altere nada sino que nos conserve como estamos. Y tampoco desgastemos el deseo averiguando si la bandeja que llevaba la cabeza de Juan el Bautista era o no de plata... (parafraseando a Pablo cuando habla a los de Colosas, podríamos concluir que no debemos entretenernos con discursos o búsquedas engañosas y artificiosas (2, 4).

### **3.3 El espíritu de la risa**

Este espíritu nos hace un favor impagable: nos enseña el desprendimiento y nos coloca en nuestro sitio. Dos alas para el deseo.

Quizás sería mejor hablar de humor que de risa pero la risa evoca un rasgo de Dios que nos resulta muy humano: su jovialidad. El humor, la capacidad de reírse, no sólo de enfadarse y de conmoverse que tiene el Dios de la Biblia nos lo aproxima como alguien que recoloca las cosas sorprendentemente, transformándolas, cambia las situaciones, reubica, invierte los puestos, altera.

Nosotros resultamos a veces un tanto ‘importantos’, o sea, ridículos y pesados, en ocasiones da la impresión de que lo importante no es lo que descubrimos o llegamos a saber sino que somos nosotros los que lo descubrimos; parecería que el peso está en nosotros y no en la fuerza de la bendición que trae la Palabra conforme nos adentramos en ella.

Así, este espíritu pequeño nos ayuda a ir ligeros, que es la mejor manera de avanzar; nos quita el peso de nosotros mismos.

A Isabel no parece importarle mucho que no le crean cuando dice que su hijo se va a llamar Juan. Yo me la imagino riéndose para sus adentros, en vez de indignándose, cuando le preguntan a Zacarías cómo se va a llamar el niño. Bien lo sabía ella pero a Isabel se le da mejor alabar a Dios por su misericordia y alegrarse con ella. Lo había demostrado en su encuentro con María y lo demuestra ahora. Isabel invierte la situación, como si fuera la primera persona que ha entendido el cántico de María, la primera que podía celebrar la inversión definitiva que supone la entrada de Dios en nuestra carne.

La Palabra en la Biblia nos hace muchos guiños de complicidad, como un espíritu travieso que nos ayuda a entender, como entendió Isabel, que muchos últimos serán primeros, que nadie quedará fuera pero que Dios es un acomodador poco común.

Es de razón recordar frente a Isabel la chocante escena en que los hijos de Zebedeo piden sus puestos junto a Jesús porque los discípulos, muy circunspectos, se indignan, más literalmente: se enrabian<sup>20</sup>, mientras que Jesús con esa paciencia que suele habitar en el humor les vuelve a mostrar el camino a unos y a otros.

### **3.4 Dos llamadas y un criterio**

De camino al último apartado de la reflexión, me gustaría abordar dos cuestiones importantes a tener en cuenta a la hora de relacionarnos con la Biblia. La primera es un aviso: se trata de algo que debemos superar; la segunda es un estímulo: creo que es algo que jamás deberíamos olvidar.

---

<sup>20</sup> Gnilka, Mc II, 119

Hemos hablado de no adueñarnos de la Palabra. En este sentido debemos cuidarnos de no acomodar a nosotros la Escritura. Desde luego que la Palabra puede tener sentidos diversos, pero no se trata de que la acoplemos según nos convenga o según nos mueva en cada momento, porque en ese caso estaremos sofocando su fuerza íntima. La Palabra de Dios tiene su propio mensaje no creado por nosotros, un mensaje transformador, que conmociona la realidad y no deja de sorprender y de importunar para hacernos partícipes de su vida y de su trabajo en el mundo. Acomodando la Biblia podemos justificar lo injustificable o llegar a ser indiferentes justamente a la sensibilidad divina que es la más humana que hay.

Además, recordemos que «la Palabra de Dios es viva, es eficaz, y más penetrante que una espada de dos filos...» como dice el autor de la carta a los Hebreos (4, 12), por ello, para abrirnos y dejarnos penetrar por la Palabra necesitamos estudiar, no para dominarla sino para entenderla en verdad y permitir que toque nuestra médula. Para discernirnos y discernir necesitamos comprender las palabras que nos entregan la Palabra con mayúscula. De ahí que nunca será excesivo el esfuerzo por alcanzar el sentido de los textos en su origen y contexto; de otro modo, se nos puede apoderar el riesgo de desfigurar la Palabra o de utilizarla tan parcialmente que la deformemos. Algo de este peligro experimentó Teresa, acusada de faltar a la Palabra por intentar seguirla, y Dios le iluminó, a ella y a nosotros, diciendo: «que no se sigan por sola una parte de la Escritura, que miren otras, y que si podrán por ventura atarme las manos» (CC 16). Lo que había detrás de esto era algo tan serio como hacer la voluntad de Dios y no someterle a nosotros.

A la vez que hay que superar esto, no debemos eludir el desafío de conectar la Palabra con la vida, de aprender a su luz sin temor porque la Palabra también abre sus tesoros por vía de experiencia, de amor. Teresa, que sabía que las letras, el estudio, era tan necesario para vivir bien nuestra fe, se afana por mostrar que cuando se vive con «hirviente amor» Dios hace «que entiendan y vean que es posible humillarse Dios a tanto» (MC 1, 5) y nos recuerda que sin amor, sin trato de amistad, sin comunión de vida ya podemos leer día tras día la Palabra y seguir como si nada, aunque retumben las campanas.

Y un criterio para discernir que vamos caminando hacia el centro. Juan de la Cruz nos dejó mucha luz escrita para poder saber si el camino que llevamos nos acerca o nos aleja a esa Palabra y así bastaría con ver si «engendra en nosotros humildad, y caridad, y mortificación, y santa simplicidad, y silencio...» (2S 29, 5)

#### **4. LA VIVENCIA DE LA PALABRA**

Sabemos que la vida religiosa brota de una lectura carismática de la Escritura y que la vida contemplativa es una respuesta concreta a la Palabra de Dios.

Esto nos pone sobre la pista de la necesidad de acudir constantemente a ella y de pedir el Espíritu para que esa lectura cobre vida en nuestras vidas concretas. A fin de cuentas, como apunta la primera conclusión del evangelio de Juan lo que está escrito lo está para que creamos y para que creyendo tengamos vida. (Jn 20, 31)

Jesús no nos ha dejado una teoría bien elaborada con su apartado de prácticas sobre lo que hemos de vivir, ni unas constituciones con 256 puntos y algún apéndice como tienen las mías. Sin embargo, la Palabra está ahí disponible para que creamos aprendiendo a vivir como hijos y hermanos, como seguidores y enviados.

##### **4.1 Andar en verdad delante de la misma verdad (V 40, 3). (Seguimiento)**

Con esta frase de Teresa resumiría yo muy sencillamente cuanto se refiere a la transformación que va haciendo en nosotros la Palabra si le damos paso. La verdad de

cada uno de nosotros está en el camino de conformarnos a Dios. Conocer al Dios que se revela y conocernos en él.

Descubrir por qué el hijo del hombre ha venido a salvarme y reconocer cómo su voz me ha puesto en pie como un Lázaro llamado a la vida. Comprender qué espíritus inmundos le gritan en mí y percibir cómo Jesús les responde y obra. Y aprender a disfrutar esa habitación de él en mí y yo en él de modo que nuestra existencia se vaya convirtiendo en bendición.

El Dios que la Biblia nos muestra, especialmente desde Jesús, es un Dios que ha hecho opciones muy claras: toda su fuerza está en el amor que le hace débil, toda su capacidad de influir está en invitarnos a tener sus mismos sentimientos para transformar nuestro corazón y nuestra manera de vivir. Ya lo hemos dicho: en el N. T. la plena manifestación de Dios es un hecho de autovaciamiento, un despojo de sí en nuestro favor (Flp 2, 5-11). Es desde ahí desde donde para cada uno de nosotros hay una pregunta permanentemente inaplazable: tú, ¿quién dices que soy yo? (Mc 8, 29) y otra: ¿cómo vas a participar de mi vida? (Mc 10, 35-45) ¿puedes beber la copa que yo bebo y puedes ser el que sirve, el que no abusa, el que no domina?

Hacia estas respuestas hay que ir encaminándose. Es una cuestión de actitudes profundas.

#### **4.2 Recibirá cien veces más en casas y hermanos y hermanas... (Mc 10, 28-30) (Fraternidad y misión)**

En estos versículos de Marcos, Jesús asegura que quien por él y por causa de esa buena noticia deje casa o hermanos o hermanas o madre o padre o hijos o tierras, lo recibirá centuplicado. Esa sobreabundancia es la comunidad, de ese rebosamiento nace la fraternidad de la que Jesús habla.

De este rico pasaje vamos a quedarnos con un par de cosas ahora.

##### **a) La comunidad**

Por una parte aquí aparece cómo el seguimiento deviene comunidad. No es una pretensión ni una búsqueda nuestra primeramente. Cuando seguimos a Jesús, él nos va haciendo comunidad, la va poniendo en nuestras manos.

Dada nuestra quebradiza condición necesitamos recordarnos lo que recibimos y que cualquier don que se coloca en un estante del armario está destinado a llenarse de polvo nada más. Y por eso, aunque resulte tan simple, hemos de recordarnos que los vínculos de afecto están en la raíz del seguimiento: hacer familia con los próximos, hacer fraternidad.

«No hagamos torres sin fundamento» (7M 4, 18) decía Teresa, la grandeza del seguimiento se hace casi siempre en zapatillas de andar por casa: con cariño cotidiano, con generosidades insignificantes, con atención (Simon Weil decía que la atención es la forma más rara y más pura de la generosidad), con el abajamiento aquí y ahora, no después ni con los otros porque entonces el abajamiento, el desprendimiento, la comunión con los sentimientos de Cristo queda siempre para la próxima vez. Ya decía Anton Bruckner que «quien quiera construir torres altas deberá ahondar mucho en los fundamentos» y el fundamento nunca lo hallaremos fuera del amor.

Por aquí vamos entrando en el Reino de Dios aquí en la tierra, creando grupos humanos que viven con este amor. Aquí sigue resonando la urgencia que lleva la invitación al banquete: el apremio de una respuesta pronta.

Por esto me parece que es clave compartir la Palabra en comunidad, compartir, de algún modo, la experiencia espiritual; Dios también se nos comunica en la mutua comunicación. Mi experiencia es que una estructura muy sencilla y flexible, adaptada a

cada pequeño grupo, puede servir para este encuentro común con la Palabra, para construir una experiencia compartida a la vez que la íntima de cada una. La Palabra es hogar, crea familia, suscita caminos al ser compartida. Todos sabemos cómo forja la experiencia familiar, cómo moldea nuestro ser; del mismo modo, la Palabra nos propone entrar en la morada compartida y dejarnos hacer y, como siempre, con los dos brazos de la vida: el que arroja y el que envía, así nos abraza la Palabra en familia.

### **b) La disponibilidad**

El pasaje de Marcos pide una disponibilidad personal ¿para qué? Parece evidente que no es para reunirnos y estar muy bien todos juntos.

Unirse a Jesús es unirse a su causa como bien sabemos. Creo que para vivir la Palabra hoy necesitamos preguntarnos por nuestra disponibilidad comunitaria. Si la suma de todas nuestras disponibilidades está haciendo realmente que seamos una comunidad orante al servicio del Reino, al servicio de esa solidaridad universal que atraviesa las páginas de la Biblia y que reclama su puesta en acto; si somos una fraternidad al servicio de la fraternidad humana. Si somos una concreción de esa voluntad de amor de Dios para todos los hombres y mujeres del mundo.

Esto que pretendemos, desde luego, sólo podemos realizarlo en el cachito de tierra en que vivimos, la porción de iglesia que habitamos, el rincón de la sociedad en que nos movemos. A menudo la disponibilidad sólo podremos vivirla con sensibilidad, con una proximidad muy modesta pero, en todo caso, con una presencia que cada vez esté más definida hacia aquello que apunta el salmista cuando dice que Dios vive en su santa morada y explica a qué se dedica: Dios prepara casa a los desvalidos, un hogar para los que están solos y cautivos... (sal 67)

Ir por otros derroteros sería alejarnos del Dios de la vida, de la llamada a ser santos, misericordiosos como él, de la experiencia de no haber nacido de sangre sino de Dios; sería levantarnos de la mesa que Jesús ha preparado y sería olvidar que él nos ha dicho a cada uno: «tampoco yo te condeno, no peques más». En cambio, cuando volvemos del trabajo, aun sintiéndonos inútiles, podemos estar disponibles para alegrarnos al oír la música y los cantos porque nuestro hermano menor ha regresado.

Esto disolvería la preocupación de Pío XII, que pudiera tener cualquier otra persona, sobre qué contemplan las monjas cuando contemplan.

Volviendo a los versículos de Marcos, la disponibilidad de Jesús es lo que le llevó al abandono voluntario de su familia y a la incompreensión. Jesús se hizo disponible para mostrar el rostro del Padre. Por esto Jesús cuestionó muchas cosas porque ocultaban el rostro misericordioso de Dios y con ello dejaban a la intemperie el corazón de muchos, bien por culparles de su sufrimiento, bien por cerrarles el paso a la experiencia liberadora del amor.

La disponibilidad de Jesús nos lanza algunas preguntas sobre nuestras posturas críticas, nos pregunta si repudiamos lo mismo que él, si nos aferramos a la tradición de los hombres o al mandamiento de Dios (Mc 7, 8). Resuena en esta pregunta la dura advertencia de si pensamos como los hombres o como Dios. Y nos pide respuesta personal y comunitaria frente a tradiciones antiguas y nuevas.

Esa disponibilidad también cuestiona, si me permitís decirlo así, los botes de conserva que solemos hacer. A veces parece que dedicamos más energía a conservar nuestras comunidades o nuestra Iglesia que a vivir sencilla y seriamente esta libertad comprometida y comprometedor que aprendemos en Jesús.

En definitiva, hay que rumiar la pregunta de para qué estamos disponibles nosotros y nuestras comunidades.

La vivencia de la Palabra pide fe, pide abandono en el Espíritu porque su inmensidad nos sobrecoge a veces y nos lleva a una pequeña desconfianza que dice «entonces, ¿quién podrá salvarse?» Pero Jesús dice que para Dios nada es imposible y, en algún modo, cuando responde a Pedro que confesaba su costosa renuncia diciendo «mira, hemos abandonado todo y te hemos seguido» Jesús, además de prometer esta recompensa que es la gratificante solidaridad en la familia de la fe, está tomando sobre sí la debilidad de los discípulos y haciendo posible el seguimiento.

## **5. CONCLUSIÓN**

La Biblia nos propone un mensaje de unidad y reconciliación que estamos llamados a difundir. Y con razón nos recuerda Pablo que recibimos la gracia en favor de los demás (Ef 3,2); nuestras escuelas no están hechas para provecho nuestro, al menos no única ni primeramente.

Hay también un grito, una llamada que recorre la Biblia. Desde el Génesis al Apocalipsis el Compasivo escucha el llanto de Ismael, inocente (21, 17) y enjuga las lágrimas de todos (21, 4). Con todos los profetas Amós reclama que no ahogemos la compasión (1, 11) y Pablo, que llama a Dios Padre compasivo y Dios de todo consuelo (2Co 1, 3) pide que no apaguemos el Espíritu (1 Ts 5, 19). Están diciendo lo mismo. Y Jesús, sencilla y directamente: «sed compasivos como vuestro Padre es compasivo». Hay una invitación a no sofocar lo mejor de nosotros, una invitación a no apartarnos del camino que nos humaniza; también una invitación a la confianza radical, a no extinguir la filiación, el susurro que nos brota, sin provocarlo nosotros, cuando invocamos al Padre.

Podemos desmigalar un poco y concretar lo que nos decía al principio Teresa desde su acercamiento a la Escritura. Son tres servicios los que podemos hacer hoy, que nos convierten en escuelas abiertas para los demás.

### **1. Sacar miedos**

Dentro de nuestra Iglesia sigue existiendo el miedo. A menudo la gente se acerca a nosotros desahogando sus temores preocupada por el rumbo de las cosas, la disminución de creyentes o la falta de coherencia. También a niveles oficiales sentimos con frecuencia que algún temor recorre los mensajes que se lanzan porque resuenan duros y sabemos que el miedo engendra dureza y un tono acre que desdice al Dios que confesamos.

Eclesialmente parece que el diálogo se transforma a veces en confrontación, hacia dentro y hacia fuera, como si se nos olvidara que la diversidad es congénita en los escritos del N. T., de donde salió y sigue saliendo una eclesiología plural y como si temiéramos el contagio inverso, ser contaminados desde fuera, en vez de confiar en la fuerza que tiene en sí una vida guiada por el espíritu de Jesús.

Que la Palabra sea tajante no significa que sea dura; más bien creo que nosotros podemos hablar de la experiencia de la Palabra en nuestra vida de manera que algo se va transformando rotundamente, pero que nos ha introducido en un camino que busca la entrega amorosa de modo manso y humilde.

Como creyentes podemos y debemos transmitir la confianza que recorre nuestra vida. Una confianza que se actúa, que saca a flote lo mejor de nosotros. Que nos va liberando para el amor, para la compasión. Por eso está bien animar al roce continuo con la Palabra y facilitar el acceso en cuanto está en nuestras manos.

Hemos de ayudar a disolver la vieja confusión que sigue joven en muchas cabezas: que lo que corrompe o contamina viene de fuera. Es necesario recordar a Jesús, él rompe con un camino de pureza exterior: «Escuchadme todos y entended esto: nada

hay fuera del hombre que, al entrar en él, pueda mancharle. Lo que sale del hombre es lo que contamina al hombre.» (Mc 7, 15).

Y con esto, iremos sacando miedos, no a golpes ni a gritos, no de miles en miles en grandes concentraciones sino yendo a recoger cada vez a la oveja que vemos perdida en el temor y disfrutando de la alegría del Padre cada vez que recupera un hijo para la felicidad gratuita de creer.

## **2. Consolar**

La esperanza es fruto del Espíritu, como sabemos. (Gál 5, 5). No tenemos derecho a apagarla ni a retenerla. El fruto del espíritu que recibimos es para darlo o se pudre y hay mil maneras de transmitir la alegría que hemos descubierto.

Me gusta mucho recordar la expresión *la penumbra tocada de alegría* de María Zambrano y creo que nuestro vivir ha de traducir esto para los demás. No puede ser una alegría ingenua. La vida sigue teniendo muchas más preguntas que respuestas y los seres humanos hemos escrito y escribimos demasiadas páginas de espanto como para ser ingenuos. Además, la liberación para el amor que apuntaba antes suele realizarse acompañada del adagio paulino «no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco» (Rm 7, 15) pero estamos llamados a dar razón de nuestra esperanza, tal como decía Pedro, sin olvidar el versículo siguiente: «hacedlo con dulzura y respeto, como quien tiene limpia conciencia» (1 Pe 3, 16). Dar razones para vivir y para esperar con dulzura, con afabilidad.

A menudo vemos a Jesús en los evangelios devolviendo el ánimo a la gente que se le acerca. Estemos dispuestos a consolar como él: escuchando, atendiendo, sacando miedos, devolviendo la paz donde hay turbación, alentando y abrigando la soledad próxima cuando nos reclama.

## **3. Recordar el seguimiento**

Recordar el seguimiento o ser memoria de Jesús para los demás. Ahí tenemos, finalmente, un último servicio al que se nos urge.

Teresa dice comentando el Cantar que ese seguimiento está en «imitar en algo la vida trabajosísima que Cristo vivió» y además lo explica de modo que no deja posibilidad de duda: «mientras más adelante están en la oración... más acuden a las necesidades de los prójimos» (MC 7, 8).

Jesús nos aseguró que el Espíritu nos iba a recordar todo lo que él dice (Jn 14, 26). El Espíritu es memoria de Jesús, memoria de su historia concreta, también de su modo de existir desde el Padre compasivo para los demás. Por esto necesitamos acoger y confiar en el Espíritu,

Recordar el seguimiento es tender a Jesús y practicarlo. A esta práctica pertenece un instinto de misericordia, una tendencia a percibir el sufrimiento de los demás, a tropezarse con la necesidad y a intentar destapar cualquier atisbo de inhumanidad. A esta tendencia incumbe recordar que hay un tesoro escondido en el campo de la vida y que la salvación viene de lo pequeño, de un grano de mostaza, sin olvidar que hay que sembrarlo.

Cuando sentimos a Dios escabullirse puede ser que él nos esté adentrando en su misterio por caminos que son intransitables por nosotros mismos y hemos de dejarnos confiados en sus brazos pero también puede ser que Dios esté encorvado hacia sus pequeños y no lo veamos desde nuestro punto de mira. Este Dios encorvado, enfermo de amor, sana cada vez que pasamos haciendo el bien, incluso si es sábado o rompe el horario.

La Biblia está inclinada y pide que nos inclinemos. No para hacer reverencias sino para encontrar allí, agachadita, la presencia divina.

Cuidemos de no dar al Espíritu una jubilación anticipada para que podamos seguir siendo en la Iglesia esta memoria. Cuidemos de no encogerlo lavándonos las manos.

Con la liturgia que propone la Iglesia para el día del Corpus podemos decir para terminar:

«¡Qué bueno es, Señor, tu Espíritu! Para demostrar a tus hijos tu ternura les has dado el pan de tu Palabra, que colma de bienes a los hambrientos y deja vacíos a los ricos hastiados».